

ra contemplar tu gloria y tu poder. [1] ¡Quién apagará en las aguas de este río de vida eterna, la sed abrasadora que consume el alma! Dios, enviará el Espíritu de su Hijo á nuestros corazones. (2) Dios dará su buen Espíritu á los que se lo piden; esa prenda de su amor divino, ese Espíritu que en medio de inefables consuelos y delicias, derrama en el corazón, la caridad de Dios, (3) uno y trino, á quien sea dado eternamente, todo honor y gloria en los cielos y en la tierra.

CAPÍTULO VII.

PROPIEDADES DE LAS DIVINAS PERSONAS.

Hé aquí otras fuentes de salud y vida, donde hoy venimos á refrigerar nuestra sed muy grande de divino amor.

Las preciosas y abundantes fuentes de que hablamos son la apropiación, la circuminsesión, las nociones y la misión. [4]

Consiste la apropiación en atribuir singularmente, á alguna de las personas, para su mayor manifestación, un atributo común á las tres. (5)

Cuando levantamos nuestros ojos al Señor y queremos ocuparnos en su conocimiento, es necesario guardar el orden mismo que observamos en el conocimiento de las criaturas, nos dice el Ángel de la Escuela. (6)

(1) Ps. LXII. 2, 3. [2] Galat. IV. 6. [3] Luc. XI. 13.-II. Cor. I. 22.-Rom. V. 5. [4] En los capítulos anteriores tratamos ya, de la igualdad de las divinas personas; por esto la omitimos en el presente. [5] Gotti, Carboni. [6] 1. p. q. 39. a. 8.

Ahora bien, lo primero que consideramos en las criaturas es el ser, luego la unidad, en seguida su virtud y finalmente, las relaciones que tienen con sus propios efectos. En cuanto á la primera consideración, hablando ya respecto del Señor, podemos decir que al Padre se apropia la eternidad, en cuanto que Esta divina persona no tiene principio; mas Ella misma lo es del Hijo y del Espíritu Santo.

Asimismo apropiamos al Hijo, la hermosura, para la cual se requieren la integridad, la proporción y la claridad; todo lo que hallamos en el Verbo de Dios que tiene en Sí mismo, verdadera y perfectamente, la naturaleza del Padre. El también es su expresa imagen que perfectamente representa al Padre. Y por último, el mismo Hijo es el Verbo del Señor, Verbo perfecto al que nada falta, y que es como el arte del Dios omnipotente; (1) luz y esplendor del entendimiento.

Al Espíritu Santo apropiamos el uso, en cuanto que este comprende el gozo, pues las delicias con que el Padre y el Hijo mutuamente se aman, convienen con lo que es propio del Espíritu Divino, en cuanto que es amor.

Mas el gozo con que Dios inunda nuestro corazón, tiene alguna semejanza con lo que es propio del mismo Espíritu según que Él es el don de Dios. En la Trinidad el Espíritu Santo, es la suavidad del Padre y del Hijo que se derrama con inmensa bondad y largueza en nosotros y en las demás criaturas, (2) para que guarden el orden y cada una descansa en su propio si-

[1] D. August. D. Trinit. 1. 6. c. 10. [2] D. August. cit. En la edición parisiense de las obras del Santo Dr. en 1694 de los benedictinos de S. Mauro, no hayamos, nos et. criaturas, como en la Sama, sino solamente: perfundens omnes creaturas pro captu earum ut ordinem suum teneant, et locis suis adquiescant.

tio.

La segunda consideracion es la unidad de Dios, segun la cual apropiamos al Padre la misma unidad, al Hijo la igualdad, y al Espíritu Santo la concordia y adorable conexión que espléndidas brillan en el grande y altísimo Dios eterno y soberano que reinará por todos los siglos.

La unidad considerada absolutamente, nada supone que le preceda; hé aquí por qué se apropia al Padre, que no presupone ninguna persona, pues Él mismo es el principio que no viene de ninguno.

La igualdad entraña la unidad respecto de otro, pues igual es lo que tiene con otro la misma cantidad; y por esto la apropiamos al Hijo que es principio eterno de divino y eterno principio.

La conexión trae consigo, continúa diciendo el Ángel de la Escuela, la unidad de dos, y hé aquí por qué se apropia al Espíritu Santo segun que procede del Padre y del Hijo. Los tres, dice San Agustín, son uno, por el Padre, iguales por el Hijo, conexos por el Espíritu Santo. [1] Y en efecto, en la divina persona del Padre, hallamos desde luego la unidad; aunque no consideremos las otras personas que tienen la unidad de la primera. Mas si las quitamos, considerando solamente al Padre, no hallamos en Éste la igualdad, que brilla y nos deslumbra, volviendo nuestros ojos hacia el Hijo; no porque Él sea principio de igualdad á su Divino Padre; mas sí porque si no le fuese igual, el Padre no podría decirse igual, pues la igualdad se consi-

(1) L. 1. De Doctrin. Chr. c. 5.

dera refiriéndonos al Hijo. Y áun respecto del Espíritu Divino, la igualdad que tiene con el Padre la tiene por el Hijo.

Así tambien si quitamos al Espíritu Santo ¿cómo entenderíamos la unidad de conexión entre el Padre y el Hijo? Por esto, todas las cosas se dicen unidas por el Espíritu Santo en quien hallamos la razón hermosa y pura de toda conexión.

Si consideramos á Dios Nuestro Señor, segun su admirable virtud con relación á las criaturas, brillan desde luego á nuestros ojos, el poder, la sabiduría y la bondad. El poder tiene razón de principio, y por esto lo apropiamos al Padre que es eterno, y principio de toda la divinidad. La sabiduría la apropiamos al Hijo, pues Él es el Verbo, esto es, concepción intelectual, la misma sabiduría. La bondad siendo como es, la razón y el objeto del amor, tiene semejanza con el Espíritu Santo que es amor.

Considerando finalmente, á Dios con relación á sus efectos, tienen lugar estas palabras: Todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él; (1) en donde descubrimos otra vez, el poder, la sabiduría y la bondad del Eterno, que apropiamos, respectivamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo á quienes sea la gloria por siempre jamás, amen.

El hermoso artículo del Doctor angélico que acabamos de presentar, abre un campo dilatado á nuestras piadosas reflexiones.

La eternidad, la belleza y el gozo de las divinas per-

(1) Rom. XI. 36.

sonas. La eternidad nos humilla, y así rendimos á Dios Padre la adoracion de nuestras almas. Temblamos de respeto en su presencia y exclamamos: Oh Señor! ¿quién hay semejante á Ti? Grande eres Tú, y grande es el poder de tu nombre. ¿Quién no te temerá oh Rey de las naciones? porque tuya es la gloria: entre todos los sabios de las naciones, y en todos los reinos no hay uno semejante á Ti... El Señor es el Dios verdadero; Él es el Dios vivo y el Rey sempiterno. Á su indignacion se estremecerá la tierra, y no podrán las naciones suportar su seño... Con su poder hizo la tierra; con su sabiduría ordenó el mundo; y extendió los cielos con su inteligencia. Con una sola voz reúne en el cielo las aguas, y levanta de la extremidad de la tierra las nubes; deshace en lluvia los relámpagos, y saca de sus tesoros el viento. [1]

Dios es eterno, eternidad que atribuimos al Divino Padre. ¿Qué son delante del Señor los años y los siglos que fugaces se deslizan al pié del grandioso trono del Señor, y se hunden y se pierden, en seguida en el piélaggo insondable de la inmensa eternidad? Mil años son ante los ojos del Señor, como el dia de ayer que ya pasó, y como una de las vigiliass de la noche... Mas Dios existe ántes que fuesen hechos los montes, ó se formara la tierra y todo el universo. Es desde ab aeterno y vivirá tambien por una eternidad. [2]

Si los montes y todo el universo áun no existian cuando era el Padre, no estaba sin embargo, solo, allá en su inmensa eternidad; con Él estaba el Hijo, y con

(1) Hierem. X. 6. 7. 10. 12. 13. (2) Ps. LXXXIX. 2. 4.

ámbos el Espíritu Divino. El Hijo de Dios; en Él resplandece la hermosura: imágen perfecta de su Padre, su vivo y eterno resplandor. Bellísimo es el Hijo del Divino Padre; ¿no veis cómo lleva en Sí mismo todas las eternas perfeccions del Señor? Sabio, grande, omnipotente, virtud del Padre, su Verbo, su inextinguible y pura luz, su Hijo, en fin, santo, adorable y perfecto.

El gozo del Padre y del Hijo, el Espíritu Santo, indeficiente y vivo manantial de las más santas delicias del Padre y del Hijo. (1) ¡Ah, Dios es un fuego consumidor, Dios es caridad. (2) ¿Qué inteligencia humana será capaz de comprender aquel amorosísimo y divino incendio en que abrasados viven el Padre y el Hijo; aquellas castísimas delicias que gozan al contemplarse mútuamente?

El fuego enciende y abrasa cuanto toca, y lo trasforma en su propia sustancia; en esto emplea su actividad; mas puede suceder que la materia resista, y el fuego consumiéndose á sí propio, venga por último á extinguirse. Nada de esto pasa con el divino fuego de que hablamos: su fuerza es infinita, y no abrasa en sus ardores un sér extraño, ni encuentra resistencia, que ántes bien, su pura llama vive de aquel principio de donde procede eternamente. ¿Quién, pues, podrá decirnos cuál es la fuerza con que arde en el Padre y el Hijo, aquel amor; ó el dulcísimo deleite, la felicidad suprema, la dicha consumada, el gozo eterno con que se aman el Padre y el Hijo? [3]

(1) Augt. De Trinit. L. VI. c. 10. (2) Deut. IV. 24. D. Bonav. Eccles. hierar. p. 4. c. 2, et. 6. (3) S. August. cit.

El poder, la sabiduría, la bondad. Al Divino Padre atribuimos el poder. El Padre es omnipotente; ¡cuán grato es para el alma pensar en el poder de Dios! Su Majestad nos ha hecho en Jesucristo, sus hijos adoptivos; ahora bien, ¿de qué manera, un padre emplea su poder respecto de sus hijos? Con toda la ternura y el cariño que reclaman sus entrañas: recordemos estas hermosas palabras de los libros santos: Escuchadme, decía en otro tiempo el Señor por boca de Isaías, escuchadme, oh casa de Jacob, y vosotros todos, restos de la casa de Israel, á quienes llevo en mi seno y traigo en mis entrañas. Yo mismo os llevaré en brazos hasta la vejez, hasta que encanezcáis: Yo os hice, y Yo os llevaré, Yo os sostendré siempre. Yo os salvaré de todo peligro. [1]

Acaso sentiremos sobre nosotros, muy pesada, la mano del Señor que nos castiga: y con todo, ni aún entónces deja de amarnos como tierno padre: son sus castigos para nuestro bien. Ha sido para mí una dicha, oh Señor! que me hayas humillado, decía David, para que así aprenda tus justísimos preceptos. [2] Y en cuanto al mismo Dios, su Majestad no se deleita en nuestras pérdidas: y despues de la tempestad nos da bonanza; y despues de las lágrimas y el llanto infunde el júbilo. Todo aquel que adora al Señor tiene por cierto que si su vida fuese aprobada será coronado: y si estuviere en tribulacion será librado; y si el azote del castigo descargare sobre él, podrá acogerse á la misericordia del Eterno. (3)

(1) XLVI. 3, 4. (2) Ps. CXVIII. 71. (3) Job. III. 21, 22.

La justicia de Dios nos llena de temor cuando pensamos en nuestros grandes crímenes. Heme llenado de tristeza, en mi afán, decía David, y la turbacion se apoderó de mí, á la gritería de mi enemigo, y por la persecucion de los malvados. Porque me han achacado la iniquidad, y me acosan con sus furores. Tiémblame el corazon en el pecho: y el pavor de la muerte me ha sobrecogido. El temor y temblor se han apoderado de mí, y me hallo cubierto de tinieblas. (1)

Ese pensamiento de nuestros pecados obliganos tambien á exclamar en medio del más triste abatimiento: Si yo tal hice, Señor y Dios mio, si hay iniquidad en mis acciones, si he vuelto mal por mal, caiga yo justamente en manos de mis enemigos, sin recurso. Que me persiga el enemigo, y se apodere de mí, y estréllame contra el suelo, y apolvo, reduzca mi gloria. (2) Y ¿quién dejará de decir con el santo Job: Sé verdaderamente que no hay hombre justo si se compara con Dios? Si Dios quisiese entrar en juicio con él, no podrá responderle de mil cargos, uno solo. Él es el sabio de corazon y el fuerte y poderoso. ¿Quién le resistió que quedara en paz? Él traslada los montes de una á otra parte, y sin que lo perciban son abatidos y allanados por su furor. Él commueve la tierra de su sitio, y hace bambolear sus columnas..... Si súbitamente pregunta, ¿quién podrá responderle ó quién podrá decirle: Por qué lo haces? Él es el Dios verdadero, cuyo enojo nadie puede resistir, y ante cuyo acatamiento se postran los ángeles que mueven el or-

(1) LIV. 3, 6. (2) Id. VII. 4, 6.

be. ¿Quién soy yo para poder contestarle, y hablar con Él? Aun cuando tuviera alguna cosa que alegar por mi parte, no la alegaré, sino que imploraré la clemencia de mi juez; y aunque prestare oídos á mis súplicas, no acabaré de creer que haya hecho mérito de mis voces, sino de sola su infinita bondad y clemencia..... Si se trata de poder es omnipotente, si de la equidad en juzgar nadie osa dar testimonio en favor mio. Si yo quisiera justificarme, me condenará mi propia boca. Si yo quisiera manifestarme inocente, El me convencerá de reo. [1]

Sentimos oprimida el alma al pensar en la justicia del Señor y la gravedad y muchedumbre de nuestros delitos, y llenos de congoja y triste desaliento exclamamos: ¿Quién podrá salvarse? Mas hé aquí lo que el Divino Salvador, en otro tiempo contestó á los que decían esas palabras: Lo que es imposible á los hombres es posible á Dios, [2] á quien todas las cosas son posibles. (3) Hé aquí la omnipotencia del Señor llenando el alma de consuelo y dulcísima esperanza, haciéndonos confiar en la fuerza de su brazo, calmando la inquietud y las congojas; y haciendo, en fin, que descansemos bajo la sombra de su santa y amorosa proteccion. ¡Bendita sea mil veces la omnipotencia del Divino Padre!

Al Hijo atribuimos la sabiduría. Ésta nos humilla delante del Señor; mas con aquella humillacion que rinde á su grandeza santa ofrenda de alabanza y gloria. ¿Quién es el que ha comprendido la sabiduría de Dios

(1) Job. IX. 2. et. seq. (2) Luc. XVIII. 27. (3) Matth. XIX. 25, 26.

que precede á todas las cosas?..... Su origen ¿á quién ha sido revelado? ¿ni quién conoce sus arcanos? El arte con que obra ¿á quién le fué jamas descubierto, ni quien pudo entender la multiplicidad de sus designios? [1] En medio sin embargo, de esa oscuridad, y adorando siempre con temor, los pensamientos y designios del Altísimo, vivimos llenos de consuelo; y ¿por qué? Porque Yo sé, nos dice el Señor, los designios que tengo sobre vosotros, designios de paz, y no de afliccion; para daros el objeto de vuestra esperanza. (2) Los pensamientos del Señor no son los de los hombres, ni los caminos de éstos son los del Eterno; sino que cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, así se elevan los caminos de Dios sobre los nuestros, y los pensamientos del Altísimo sobre los pensamientos de los hombres. Y al modo que la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, y la penetran, y la fecundan para que dé simiente que sembrar y pan que comer: así dice el Señor, la palabra salida de mi boca no volverá á Mí, vacía, sino que obrará todo lo que quiera, y ejecutará felizmente aquellas cosas á que yo la envié. [3]

La razon y el objeto del amor es la bondad; ¿pudiéramos, pues, no apropiarla al Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo? Y en cuanto á nosotros ¿no es acaso, tambien, del mismo Espíritu de quien recibimos todos los bienes? Cuando los hijos de Israel despues del cautiverio, confesaban llorando, sus delitos, despues de recordarlos en presencia del Señor, exclamaban:

(1) Ecc. I. 3, 6, 7. (2) Hierem. XXIX. 11. (3) Isa. LV. 8, 11.

maban: Tú, oh Dios! propicio, clemente, misericordioso, de larga espera, y de mucha benignidad, no los abandonaste, ni aún cuando se forjaron un becerro de fundición, y dijeron: Éste, oh Israel, es tu Dios, el que te ha sacado del Egipto, y profirieron horribles blasfemias. Mas Tú, por tu gran misericordia, no los abandonaste en el desierto; no se apartó de ellos, entre día, la columna de nube que les mostraba el camino, ni de noche la columna de fuego para enseñarles la senda que habían de seguir. Les diste tu Espíritu bueno que los instruyese....., los sufriste por muchos años, y los amonestaste por medio de tu Espíritu..... y por tu infinita misericordia no acabaste con ellos: porque Tú eres un Dios de benignidad y de clemencia. (1)

Esa divina bondad que atribuimos al Espíritu Santo, descúbrenos también, cuán contrario es al espíritu terreno del que, está escrito: El espíritu de los poderosos, es como un torbellino que hace bambolear una pared. (2) En cuanto al Espíritu de Dios, es Éste más dulce que la miel, y su herencia más suave que el panal de miel. (3) Dulzura y suavidad que gustamos aún en sus castigos. En efecto, recordando un profeta los que el Señor había ejecutado contra los Israelitas, se expresó en estos términos: El templo en que se invocaba tu santo nombre, oh Señor, lo redujiste al estado en que se halla el día de hoy, por causa de las maldades de la casa de Israel y de la casa de Judá; y te has portado con nosotros, oh Señor Dios nuestro, con toda tu bondad, y con toda aquella tu gran mise-

(1) II. Esdr. II. 17-20, 30, 31. (2) Isa. XXV. 4. (3) Eccl. XXIV. 27.

ricordia. (1)

La benignidad del Señor para con nosotros se descubre en los castigos con que nos aflige: Á los enemigos de tus siervos, ya reos de muerte, los castigaste con miramiento, dándoles tiempo y comodidad para que se arrepintieran de su malicia; ¿con cuánto cuidado juzgarás á tus hijos, á cuyos padres hiciste, con juramentos y pactos, grandes promesas? Así es que cuando á nosotros nos das alguna corrección, á nuestros enemigos los castigas de mil maneras; para que reflexionando consideremos tu bondad, y cuando nos haces experimentar tu justicia, esperemos en tu misericordia. (2) Ciertamente Nuestro Dios es benigno, y misericordioso, y paciente, y de mucha clemencia, é inclinado á suspender el castigo..... Y mira, con ardiente amor á su tierra, y perdona á su pueblo..... Y derrama su Espíritu Divino sobre los hombres; (3) Espíritu que es todo bondad y clemencia para con nosotros, y á quien sea dado todo honor y gloria por siempre jamás, amen.

La bondad del Espíritu Santo, ¿quién ha pensado nunca en ella sin sentir el alma llena de alegría, y de paz, y dulcísimo consuelo? Él nos ama, y su amor divino es para nosotros un tesoro, una prenda de inefable y eterna ventura; Él nos ama, y al decirlo sentimos el alma conmovida: es un padre tierno y bondadoso, que nos asiste, y vela sin descanso por nosotros; ¿quién podrá medir su cariño inmenso, su exquisita y delicadísima ternura, que excede incomparablemente, la de la

(1) Baruch. II. 26, 27. (2) Sap. XII. 20, 22. (3) Joel. II. 13, 28.